CAPITULO XXV.

Nápoles.—Obstinacion del rey.—Reaccion.—Intrigas.—Movimientos revolucionarios. Entusiasmo popular por Garibaldi.—El rey abandona la ciudad.

Mientras Garibaldi continuaba su marcha triunfal, conquistando laureles tan fácilmente, reinaba en Nápoles la mayor agitacion; el monarca y su córte devoraban en silencio su cólera, y el primero acusaba á Napoleon de ser el causante de todas sus desgracias, pues esto es lo que se desprende de la siguiente carta que escribió al Emperador:

«Me aconsejasteis que estableciera instituciones constitucionales para un pueblo que nunca las ha pedido, y obré segun vuestra indicacion; me habeis puesto en el caso de abandonar á Sicilia *sin lucha*, prometiendome que al hacerlo así se me aseguraria la posesion de mi reino, pero como veo que *hasta aquí parece que las grandes potencias persisten en abandonarme*, debo advertir á V. M. que estoy resuelto *á no abdicar mi corona sin lucha*. Haré un llamamiento á *la justicia* de Europa, y así sabrá ésta que he determinado defender á Nápoles á todo trance.»

No deja de parecer estraño que siendo el rey una persona inteli-

gente se atreviera á decir al Emperador que habia abandonado á Sicilia sin lucha. Cierto es que sus tropas se batieron mal y fueron vencidas por fuerzas inferiores en número, pero no lo es menos que hicieron todo lo posible por resistirse, así en el campo como en el fuerte, cometiendo de paso toda clase de crueldades para inspirar terror.

Parece que cuando los hombres de Estado ó los príncipes adquieren la costumbre de mentir con los que no se atreven á contradecirles, llegan á tener una audacia pasmosa para asegurar hechos cuya falsedad saben muy bien que se descubrirá bien pronto.

Los generales napolitanos engañaron al rey, así como él engañaba á los demás: el jefe de la guarnicion de Reggio aseguró que solo se habia rendido por falta de víveres, y los gobernadores de otras plazas fuertes, entregadas á Garibaldi, justificaron su capitulacion con razones igualmente falsas.

Carisilas se presentó en el ministerio de la Guerra para anunciar que Basilicata se habia insurreccionado, proclamando á Garibaldi como Dictador, y entonces fué cuando el ministro aconsejó al rey que abandonára á Nápoles y dejase á la revolucion seguir su curso. S. M. rehusó, alegando que esperaba auxilio del Emperador Napoleon, y que éste no debia faltar.

Por aquellos dias comenzó á publicarse un periódico titulado *El Garibaldi*, en el que con la mayor audácia se defendia la causa de la revolucion.

El Comité de Nápoles envió agentes y dinero para organizar la revolucion en las provincias, y solo á la Calabria se remitieron 100.000 carabinas, si bien es cierto que no se hallaban todas en muy buen estado.

El tio del rey, cuyas prudentes advertencias no quiso escuchar nunca este último, sometido como estaba á la influencia de sus favoritos, trató de aconsejarle por última vez, dirigiéndole la siguiente carta, uno de los documentos mas notables que se refieren á dicha época.

«Señor:

«Aun cuando no quisisteis escuchar mis palabras la primera vez que

os hablé de los peligros que amenazaban á nuestra casa, abrigo la esperanza de que al dirigiros ahora mi voz, con el objeto de evitar mayores males en estos críticos momentos, hareis aprecio de mis advertencias, sin dejaros influir por vuestros malos consejeros.

«El cámbio que ha sufrido Italia, y el deseo de establecer la unidad nacional, tan unánime desde la toma de Palermo, han privado al Gobierno de V. M. de esa fuerza tan indispensable para el sostenimiento de un Estado, haciendo á la vez imposible toda alianza con el Piamonte.

«El pueblo de la Italia Superior, aterrorizado ante las crueldades cometidas en Sicilia, no ha visto sin prevencion á los embajadores de Nápoles; ahora nos vemos reducidos al duro estremo de probar suerte, haciendo un llamamiento á las armas, sin contar con alianza alguna, y esto precisamente cuando estamos espuestos al resentimiento de las masas que se han levantado en toda Italia al grito de esterminio contra nuestra casa, la cual, ¡ay de mí! ha llegado á ser el objeto de la reprobacion universal.

«La guerra civil, que arrecia ya en la península de Italia, arrastrará inevitablemente á nuestra dinastia á ese profundo abismo abierto por perversos consejeros para que desaparezca en él la posteridad de Cárlos III de Borbon.

«La sangre de los ciudadanos, inútilmente vertida, inundará de nuevo las mil ciudades de vuestro reino, y vos, Señor, en quien se cifraron algun dia las esperanzas y el cariño de todo un pueblo, sereis mirado con horror cuando se os reconozca como la causa principal de una lucha fratricida. Mientras haya tiempo, Señor, salvad á nuestra casa de las maldiciones de la Italia entera. Seguid el noble ejemplo de vuestra real pariente de Parma, que en el momento de estallar la guerra civil, relevó á sus súbditos de su alianza, permitiendoles que fueran los árbitros de su destino.

«Europa y vuestro pueblo sabrán como apreciar tan sublime sacrificio, y tranquilo con vuestra conciencia, podreis confiar que el Todopoderoso recompense la accion magnánime de V. M.

«Despues de haberse acibarado vuestro corazon con las desgracias, comprenderá las nobles aspiraciones del patriotismo, y bendecireis el

dia en que os sacrificasteis tan generosamente por el engrandecimiento de Italia.

«Al dirigirme á V. M. en estos términos, no hago mas que cumplir con el deber sagrado que me impone la esperiencia, y rogaré al cielo que os dirija por la buena senda para que os hagais digno de sus bendiciones.

«Vuestro afectísimo tio:

«Leopoldo, Conde de Siracusa.»

Esta carta no produjo ningun efecto: el rey persistió, y sorprendióle que todos le abandonaran; no podia comprender porqué las persecuciones, los encarcelamientos y los crímenes perpetrados por su dinastía, eran la causa de la maldicion universal.

Poco despues de haber recibido la solemne carta del conde de Siracusa, el rey envió tropas en varias direcciones para reprimir la insurreccion en las provincias, debiendo ser la recompensa de la soldadesca el saqueo y el pillage. *Quem Deus vult perdera prius dementat.*

El ministro mas influyente del rey, Liborio Romano, recomendó que no se privara de sus libertades á los napolitanos aun cuando se declarase el estado de sitio, pero el soberano, sin querer escuchar consejos sino de los reaccionarios, invadió todos los derechos, dando con esto lugar á que se acrecentára contra él la aversion pública. La madre del rey se veia precisada á residir en Gaeta por las influencias de Liborio Romano, y los hermanos y los tios de aquel, á escepcion del conde de Siracusa, eran los que le guiaban por la senda que debia conducirle á la ruina.

El conde Trani, el conde Aquila, y los príncipes Cárlos y Luis, consideraban que el honor de la dinastía solo podia conservarse reprimiendo la revolucion por la fuerza de las armas.

Sin embargo, como el monarca temia la llegada de Garibaldi, adoptó sin pérdida de tiempo las medidas necesarias para que se trasladasen á sitio seguro sus joyas y tesoros, y hecho esto, se opuso abiertamiento á todos los medios de conciliacion á que intentó recurrir Liborio Romano.

Por entonces mediaron algunas circunstancias de cuya autenticidad responde el testimonio de Alejandro Dumas: véase lo que dice el célebre novelista al referir ciertos incidentes ocurridos durante aquellos dias:

«Yo escribí una carta á Liborio Romano, diciéndole entre otras cosas:

«Considero imposible que un hombre inteligente como vos, abrigue la esperanza de conservar en Nápoles la dinastía de los Borbones, y en este caso, os favoreceria mucho, como hombre de Estado, contrayendo un mérito como patriota, retirar vuestro apoyo á Francisco II y declararos enemigo suyo para ser uno de los elementos de su caida.»

«Liborio Romano me contestó que esperaba verme por la noche en su casa, pero yo le advertí con una segunda carta, que habiendose publicado oficialmente en Nápoles mis señas personales, seria muy comprometido para él que yo fuese á visitarle, y que, dadas nuestras respectivas situaciones, parecia mas conveniente que el viniese á verme á mí.

«Muratori fué quien llevó mi respuesta, y dos horas despues, ya entrada la noche, acercóse á mi yacht un bote donde iban dos hombres y dos mujeres; uno de aquellos, embozado en su capa, y medio oculto el semblante con las anchas alas de su sombrero, era Liborio Romano.

«Al subir á bordo le estreché la mano afectuosamente y le conduje á un estremo del buque, donde podíamos hablar sin temor de ser oidos.

«Cuando Liborio Romano supo que yo era *íntimo amigo* de Garibaldi, me esplicó claramente cual era su situacion.

«No habia entonces en Nápoles ningun agente de Garibaldi: Carbonelli y Mignona, dos de los principales, habian ido á Basilicata para insurreccionar esta provincia, y al marcharse el primero, habíale dado yo el rewolver que me regalára algun tiempo ántes M.me Ristori. El hermano Juan, á quien yo entregué doscientos francos para que fuese á Il Vallo, estaba entonces bastante lejos, y por lo tanto, como amigo de Garibaldi, hallábame entonces completamente solo, si bien conservaba dos cartas suyas que podrian servirme de credenciales entre los patriotas.

«Esto esplica porqué Liborio Romano se dirigió á mí, y ahora voy á reproducir el diálogo que tuvo lugar entre nosotros.

—«Lucharé por la causa constitucional, dijo Liborio, hasta donde me sea posible, y cuando vea que mi auxilio no sirve ya de nada, presentaré mi dimision y me retiraré á vuestro buque. Entonces, segun el giro que tomen los negocios en Nápoles, ó bien me reuniré con Garibaldi, ó declararé al rey traidor á la constitucion, ante la guardia nacional y el pueblo.

—«¿Estais decidido á obrar así? pregunté yo.

—«Os doy mi palabra de honor.

—«Cuento con vuestra promesa, pero debo advertiros, que á juzgar por lo que he oido en el buque del Almirante Le Barbier de Tinan, no creo que mi pabellon ofrece mucha seguridad, y por lo tanto, permitidme que vaya á ver á el Almirante inglés, en cuyo buque encontraréis seguramente una proteccion que pudiera faltaros en mi *bote*, como se ha dignado llamarlo M. de Missiessi.

—«Haced como gusteis, pero advertid que á tal punto puede llegar la crísis esta noche, que me sea preciso retirarme del ministerio mañana.

—«Cuando os retiréis, lo haré yo tambien, pero, ¿quién nos servirá para ponernos en comunicacion?

—«Madame...., una de la señoras que me acompaña, y á quien os presentaré, ó bien Cozzolongo, mi secretario Prescindiendo de estas dos personas, Muratori, mi íntimo amigo, se prestará gustoso á ponernos en comunicacion cuando sea posible.

«Con esto terminó nuestra conferencia, y despues de haberme presentado Liborio Romano á Madame..... y á su amiga, volvieron los viageros á su bote, que desapareció bien pronto entre las sombras de la noche.

«Por mi parte, trasládeme á bordo del *Anibal* con objeto de ver á el Almirante inglés, pero en aquel momento, hallábase en tierra, y me fué preciso esperarle, aunque muy poco tiempo, pues á los diez minutos volvió á bordo. Yo le espliqué cuál era mi situacion, manifestándole que á juzgar por lo que me habian dicho dos oficiales franceses de marina, no podia considerarse, mi buque como un refugio

muy seguro, y terminé rogándole que concediera hospitalidad á Liborio Romano á bordo del *Anibal*, en caso de apuro.

«El Almirante, con esa cordialidad característica de los marinos ingleses, envió á buscar acto contínuo al comandante y le dijo:

—«Capitan, tened preparado vuestro camarote para esta noche á fin de recibir convenientemente á Liborio Romano, en el caso de que se vea en la precision de retirarse de la ciudad.

«El comandante del buque hizo un profundo saludo y se retiró; yo dí las mas espresivas gracias á el Almirante por su bondad y volví á mi buque.

«Al dia siguiente, Madame..... me trajo una fotografía, al dorso de la cual habia escrito Liborio Romano las siguientes palabras: *escribid al pié de ese retrato, que es el de un cobarde, si falto á la promesa que os hice anoche.*»

Las tentativas de los reaccionarios se sucedian unas á otras, y al fin llegó el partido absolutista á proponer que se destituyera á Liborio Romano, pero aquí debemos advertir que el jefe de aquel era el mismo rey, el cual adoptaba todas las medidas mas desastrosas para su dinastía, ó las patrocinaba con toda su autoridad é influencia. El nuncio y los obispos eran sus principales consejeros.

Poco despues de la visita de Liborio Romano, recibió Dumas la del conde de Siracusa, persona no menos notable que el ministro. He aquí lo que dice el famoso novelista sobre aquella entrevista:

«Precisamente el mismo dia en que se publicó la carta del conde de Siracusa, vino á verme Mr. Testa, médico del príncipe, para decirme de su parte que no habia olvidado el dia en que trabamos conocimiento (1835), y que tendria mucho gusto en volver á verme. Yo contesté al instante que si se dignaba honrarme con su visita, me complaceria en estremo recibirle bajo el doble título de amigo y patriota.

«Al dia siguiente vino á verme el príncipe.

«Despues de cambiar los primeros saludos, miróme fijamente, sonriéndose, y me dijo:

—«Y bien, ¿qué os parece de la presente situacion de los negocios públicos?

—«Creo que si V. A. hubiese aceptado la proposicion que le hice, quince años ha, se habria economizado mucha sangre en Nápoles y Sicilia, evitándose al propio tiempo muchas desgracias á vuestra casa.

—«Es muy cierto, repuso el conde, pero, ¿quién hubiera podido preveer lo que sucede?

—«Un profeta ó un poeta.

—«Bien, pues como lo uno ó lo otro, ¿qué me aconsejais que haga?

—«Aconsejo á V. A.....

«Encogióse de hombros el conde y me interrumpió esclamando:

—«¿Dónde están hoy dia los *príncipes* y *altezas* de la casa de Borbon? Todos estamos condenados, amigo Dumas, y una fuerza irresistible nos impele hácia el abismo. Luis XVI nos enseñó el camino del cadalso; Cárlos X el del destierro, y felices aquellos cuyas tribulaciones terminan con este.

—«Muy bien, querido príncipe, pero puesto que llegais á este punto en la filosofía histórica, ¿por qué permaneceis aun en Nápoles?

—«Porque he creido hasta hoy que podria combatir con éxito la reaccion; ahora que reconozco mi impotencia, me retiro.

—«Esto es lo que debeis hacer, ya que habeis disparado vuestra flecha.

—«Y qué os parece mi carta?

—«Que es tanto mas cruel por cuanto encierra verdades amargas.

—«¿Conoceis á Liborio Romano?

—«Solo hace tres dias, pero este tiempo ha sido suficiente para que nos consideremos como íntimos amigos.

—«Veo que teneis muy buena eleccion; es el único hombre de verdadero mérito que conozco en Nápoles, pero avisadle que esté alerta.

—«¿De vuestra parte?

—«Sí; no hay inconveniente.

«Despues hablamos de París, donde nos habiamos visto cinco ó seis veces, de nuestra juventud y de otras varias cosas.

«El príncipe permaneció luego pensativo algunos momentos, y como entregado á sus tristes reflexiones, pero rompiendo de pronto el silencio, me dijo:

—«¿Y me aconsejais, así como otros, que me retire?

—«Sí, príncipe.

—«¿Creeis que ya no podré hacer aquí nada bueno?

—«Me parece, por el contrario, que vuestra presencia infundiria desconfianza á los partidos.

—«Bien, volveré á veros mañana.

«Así diciendo, levantóse el príncipe, saludóme afectuosamente y se trasladó en su bote al buque del Almirante de Cerdeña.»

Durante aquellos dias, produjo gran sensacion en Nápoles la llegada de varios vapores garibaldinos, con bandera de parlamentario, donde iban los prisioneros cogidos en los diversos combates y capitulaciones. Orrigini, comandante de uno de dichos buques, condujo á la capital treinta oficiales y algunos centenares de soldados, y aquí debemos decir algunas palabras acerca de ese patriota, de quien no habiamos hablado hasta ahora. Orrigini era hombre de inapreciables cualidades, y como tal, muy querido de Garibaldi, á cuyas órdenes se batió en Montevideo, en Lombardía y en Roma; habia seguido al héroe á su destierro sin querer separarse nunca de él, y en una palabra, podia considerársele como su compañero inseparable. Rara vez se veia á Orrigini sin que apareciese á poco Garibaldi.

La llegada de semejante hombre fué de mucha importancia para la causa de Nápoles, por cuanto era el mas á propósito para comunicar á los patriotas los proyectos del Dictador; Liborio Romano obtuvo por conducto de Orrigini las noticias que deseaba respecto á las intenciones de Garibaldi, y de este modo pudo aconsejar al monarca, á quien estaba resuelto á salvar si consentia en gobernar constitucionalmente, pero en medio de todo esto, la situacion del ministro era muy crítica, pues su vida estaba amenazada por los Borbones. Los realistas llegaron hasta el punto de pagar á varios espías para que hicieran ofrecimientos á ciertos liberales, prometiendoles una buena recompensa si asesinaban al rey, pero este lazo era demasiado tosco para que nadie se dejase coger, pues comprendióse desde luego que el objeto se reducia á conseguir que se cometiese el atentado para desacreditar la causa de la libertad. El ministro mandó arrestar á varios espías, y Alejandro Dumas denunció á otros.